



VERBUM



Santa Teresa de Jesús
Tres Cantos

VERBUM

**JÓVENES DE SANTA TERESA DE JESÚS
DE TRES CANTOS**

ARCHIDIÓCESIS DE MADRID
(28 DE NOVIEMBRE DE 2021)

INTRODUCCIÓN

¿De qué nos serviría decir que tenemos fe si no somos capaces de presentar quién es aquel en quien creemos? La fe no es ni una teoría ni una ideología. No es algo de lo cual podamos hacer un examen que se apruebe o se suspenda. La fe es un don, una gracia: la respuesta del hombre a Dios que se ha querido revelar.

Si afirmamos que Dios se ha querido revelar, ¿cómo se ha revelado? ¿Cómo puedo conocerle mejor? ¿Dónde acudir para saber quién es él?

El primer lugar al que siempre acudimos es, sin duda, a los testigos. Dios ha querido que le conozcamos por mediación de quienes ya le han conocido. Mi fe me ha venido por mis padres, mis sacerdotes, mis catequistas y mis amigos. Pero a ellos les vino de la misma forma. Y si pudiéramos hacer un árbol genealógico de testigos, llegaríamos sin duda a restablecer la cadena que nos entronca directamente en aquellos que vivieron con Cristo: los Apóstoles. Es lo que llamamos **Tradición**.

Pero, además, los Apóstoles y sus sucesores inmediatos no quisieron que aquello que habían visto y oído quedase a la fragilidad del testimonio meramente oral. Por eso emprendieron la gran obra de poner por escrito aquello en lo que creían. Así, se redactaron entre otros escritos los Evangelios. Es lo que llamamos **Escritura**.

Sin embargo, pronto empezaron a aparecer dificultades a la hora de interpretar aquello que nos habían dejado escrito. Esas divergencias hacían que en ocasiones incluso la interpretación de la fe comenzase a corromperse. Éste es el motivo por el que la Iglesia quiso enseñar cuál era la verdadera forma de interpretar las escrituras. Es lo que llamamos **Magisterio**.

De este modo, la fe que recibimos por la Tradición, conocemos por la Escritura e interpretamos por el Magisterio llega a nosotros con plenas garantías de que no es un cuento, sino que el Espíritu Santo ha estado y está soplando continuamente para que nuestra fe sea realmente viva.

LA PALABRA SE HIZO CARNE

Aunque parezca difícil, Dios para revelarse necesariamente ha tenido que entrar en diálogo con los hombres. Ya lo vimos en el diálogo que estableció con Abraham. También en el diálogo que estableció con todos los profetas. Más fácil nos resulta comprender el diálogo que estableció enviando a su propio Hijo a dialogar con los hombres durante su vida en la Tierra.

Por otro lado, aunque parezca evidente, para que exista un diálogo es necesario que exista una palabra. Dios no está mudo. Dios tiene una Palabra. Para poder llevar a cabo el misterio de la Creación Dios tuvo que

pronunciar su Palabra: *Hágase*. Para poder comunicarse con los Patriarcas Dios tuvo que hablarlos como amigos: así lo hizo con Moisés en la zarza, así lo hizo con el rey David, así lo hizo con Isaías, Jeremías y Ezequiel, y así lo hizo, por fin, con la Virgen María.

Cuando llegó la plenitud de los tiempos, Dios pronunció su Palabra de un modo particular: *La Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros*. La Palabra eterna de Dios, de repente, entró en la historia como hombre. Esa es la Palabra definitiva pronunciada por el Padre. Esa Palabra por fin tiene un rostro: Jesucristo.

Consecuentemente, tenemos que concluir que la Palabra de Dios no es un discurso, sino una persona. Y con esta persona podemos entrar nosotros mismos en diálogo: Dios, un día, pronunció su Palabra para crearnos a nosotros. Esa misma Palabra ahora viene a nuestro encuentro para tratarnos como amigos y nos invita y recibe en su compañía.

LA PALABRA ES CRISTO

Ahora que conocemos quién es la Palabra, ¿podemos acercarnos de cualquier modo a la Escritura? Espero que no.

La Biblia no es simplemente una compilación de escritos que nos narran hechos del pasado y que nosotros los releemos una y otra vez para que no se nos ol-

viden. Tampoco tiene la pretensión de que nos aprendamos de memoria la historia como quien se recrea en una novela histórica. Ni siquiera pretende narrarnos los hechos como si fuese un estudio científico. Y mucho menos nos podemos a la Escritura esperando encontrar un recetario para nuestra vida, una guía que nos diga qué tenemos que hacer en cada momento.

Entonces, ¿cuál es el modo correcto de acercarnos a la Escritura? Sabiendo que nos introducimos en el diálogo con Dios, y que, por lo tanto, es Él mismo quien nos habla a nosotros hoy. *La Palabra de Dios es viva y eficaz* (Hb 4, 12). No son letras muertas: ¡es una persona! Y si toda la Escritura es Palabra de Dios, toda ella nos habla sobre quién es Dios.

Tenemos una necesidad de conocer bien la Escritura. San Jerónimo, quien tradujera toda la Escritura al latín en el siglo IV, llega a afirmar en el prólogo al comentario del profeta Isaías que *ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo*.

Sin conocer a Cristo, leer la Biblia parece más bien un relato de ciencia ficción. Por mucho que me lea mil poemas de amor, hasta que no tenga la experiencia de estar enamorado voy a ser incapaz de comprender de qué me hablan. Es necesario conocer a Cristo para comprender que toda la Biblia me habla de Él, es más, me habla Él. Si no tengo experiencia de haberme encontrado con Él no podré acercarme adecuadamente.

LA PALABRA DEL PUEBLO DE DIOS

La Escritura está escrita por el Pueblo de Dios y para el Pueblo de Dios bajo la inspiración del Espíritu Santo. Es decir, la Biblia está escrita por un autor concreto y se dirige a un lector concreto. Es el Pueblo de Dios quien da testimonio a lo largo de los siglos de las obras que Dios ha hecho para alcanzar la Salvación. Y esta historia es completa: por mucho que haya pasajes -sobretudo del Antiguo Testamento- que en ocasiones me parezcan difíciles de comprender, no puedo prescindir de ni uno sólo de ellos, puesto que estaría arrancando un trozo de la historia que Dios ha hecho con nosotros.

Por eso la Biblia constituye una unidad indivisible. Para interpretarla correctamente, necesito considerarla siempre desde su unidad. Y entonces podré comprender cómo Dios, a lo largo de la historia, ha usado con nosotros una pedagogía que nos ha llevado a la plenitud de la Revelación.

Además, sin pertenecer al Pueblo de Dios como receptor de la Escritura, corro el gravísimo riesgo de relativizar o interpretar los pasajes a mi conveniencia, como si yo fuera la medida universal de la comprensión de la Palabra. Soy parte indispensable del Pueblo de Dios, y como tal me acerco a la Escritura; pero necesito apoyarme en el Magisterio de la Iglesia para poder comprender en el Espíritu lo que Dios me quiere decir.

LA PALABRA ES ORACIÓN

Al comprender quién es la Palabra de Dios, querer conocerle por medio de la Escritura, y saber que está dirigida a mí como miembro del Pueblo de Dios, por fin puedo comprender que es en oración como mejor me puedo acercar a la Biblia.

Sentarme de una atacada a leerme la Biblia como si fuese cualquier otro libro me estaría llevando a prescindir de la interpretación espiritual de la Escritura.

Abrir la Biblia al azar retando a Dios a que me dé la respuesta que estoy buscando en este momento, es un riesgo que no siempre sale bien.

La oración es un diálogo con Dios, y Dios ha querido dialogar conmigo por medio de su Palabra. Por lo tanto, la oración es el lugar natural para dialogar con la Palabra que es Cristo. Yo puedo contarle muchas cosas en mi oración, pero ¿y qué es lo que me quiere contar Dios? ¡Abre la Escritura! ¡Ahí está Él hablándote!

CONCLUSIÓN

Hágase en mí según tu Palabra. Con esta afirmación María permitió que Dios obrase la Salvación. En oración le escuchamos y le conocemos. En oración dejamos que Él haga su obra. Ahora es tiempo de conocerle mejor, para amarle mejor y seguirle mejor. ¡Ven, Señor!

RECONOCER

❖ ¿Cuál es mi experiencia en la relación con la Palabra de Dios?

❖ Podemos hoy contar algún momento concreto en el que un pasaje de la Biblia nos haya hecho entrar en diálogo real con Dios.

❖ También podemos compartir cómo hay determinados pasajes de la Biblia que no llegamos a comprender y que no llegamos a descubrir la presencia de Dios en ellos.

❖ Puedo compartir también mi relación con la Palabra de Dios: ¿recurso a ella frecuentemente para hacer mi oración? ¿Leo el evangelio del día antes de acudir a la Eucaristía? ¿La Biblia es un simple libro más que hay en casa y simplemente coge polvo? ¿He hecho algún intento de leer la Biblia y se me ha hecho difícil o he abandonado?

❖ Otra opción es compartir cómo al ir conociendo más en profundidad la Biblia he ido conociendo mejor quién es Dios y me ha ayudado a amarle más.

INTERPRETAR

SAGRADA ESCRITURA

- ❖ **Salmo 19 (18):** Más dulce que la miel
- ❖ **Salmo 119 (118), 103-112:** Lámpara es tu Palabra
- ❖ **Isaías 55, 8-12 :** Así será mi Palabra
- ❖ **Mateo 7, 24-29:** El que escucha estas palabras
- ❖ **Mateo 24, 32-35:** Mis palabras no pasarán
- ❖ **Mateo 4, 1-4:** No solo de pan vive el hombre
- ❖ **Lucas 11, 27-28:** Dichoso quien escucha la palabra
- ❖ **Juan 1, 1-16:** El Verbo estaba junto a Dios
- ❖ **Juan 15, 1-17:** Si permanecéis en mí
- ❖ **Hebreos 4, 1-16:** La Palabra de Dios es viva
- ❖ **2Timoteo 3, 12-16:** Mantente en lo que aprendiste
- ❖ **Santiago 1, 19-25:** Poned en práctica la Palabra

MAGISTERIO DE LA IGLESIA

- ❖ **Dei Verbum 2:** La revelación
- ❖ **Dei Verbum 5:** La obediencia de la fe
- ❖ **Catecismo de la Iglesia 101-133:** La Escritura
- ❖ **Benedicto XVI, Verbum Domini 6:** Dios en diálogo
- ❖ **Benedicto XVI, Verbum Domini 22:** Partners
- ❖ **Benedicto XVI, Verbum Domini 22:** Dios responde

ELEGIR

Acercarnos a la Palabra es acercarnos a Cristo. Conocer la Palabra es conocer a Cristo. Seguir la Palabra es seguir a Cristo. Como compromiso personal, una de las cosas que podríamos hacer es ponernos un propósito de incluir más asiduamente la lectura de la Palabra de Dios en el contexto de nuestra oración: bien sea la lectura continua de algún libro de la Biblia, bien sea el Evangelio del día, bien sea un plan de lectura como el que propone la Conferencia Episcopal en su App.

Como compromiso de grupo, podríamos pensar en preparar alguna charla o conferencia que nos ayudase a comprender mejor la realidad de la Sagrada Escritura: inspiración, contexto, historia de la Salvación, estructura, situación histórica... También podríamos poner en un “buzón” todos los pasajes que nos cuesta trabajo comprender o interpretar correctamente y pedir a alguno de los sacerdotes que dedique un día el grupo a escudriñar e interpretar todo aquello que nos resulta difícil.